

## UN LIBRO DEL SR. ALZOLA



A medida que avancen los tiempos y se desvanezcan muchas efímeras popularidades que hoy absorben la atención del vulgo, irá creciéndose y agigantándose la colosal figura de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, una de las glorias más puras, más altas y más envidiables de nuestro siglo. Los esfuerzos de la cultura española han sido por él estudiados y magnificados con generosa constancia y maravilloso saber y firmeza de juicio: á todas partes ha alcanzado su garra de león; y cuantos en lo futuro hayan de consagrarse al exámen de lo que el genio ibérico hizo en la sucesión de los siglos, habrán de ser, quiéranlo ó nó, discípulos del admirable adalid de la Ciencia española, que logró asombrar á la Europa culta con la estupenda variedad y extensión de sus conocimientos, cuando apenas sombreaba el bozo sus lábios adolescentes.

Ya comienzan á notarse los efectos de la prodigiosa actividad científica de Menéndez Pelayo, y á su infatigable celo por la reivindicación de las glorias y tradiciones de la antigua España, responden espíritus nobles y generosos consagrándose á labores beneméritas que completen la obra realmente portentosa del autor de los *Heterodoxos*, y la hagan penetrar, como sávia de vida, en todos los organismos nacionales.

A esta laudabilísima tendencia obedece el Sr. D. Pablo de Alzola con su sólido y hermoso libro acerca de *El arte industrial en España*. Puede estar satisfecho de su obra el Sr. Alzola, porque con ella ha prestado un señalado y positivo servicio al arte y á la patria. Así lo cree el Sr. Menéndez Pelayo, de cuyos lábios he oído frases altamente expresivas en alabanza del mencionado libro, cuya ejecución y tendencias elogia con encarecimiento.

Y á fé que pocos temas más oportunos hubiera podido escoger el Sr. Alzola. El arte arrastra en nuestro país una vida lánguida, debido en gran parte, á ese divorcio casi absoluto que aquí existe entre el arte grande y esas otras artes secundarias que se aplican á las cosas que son de uso vulgar y cotidiano. No así en los grandes días del Renacimiento: entonces el arte dominaba donde quiera, y la luz de la belleza ideal esparcía sus rayos por todas partes, iluminando con sus reflejos hasta las moradas más humildes. Generalizado el culto de la belleza, generalizábase también el aprecio del arte y de quienes vivían consagrados á él. Basta leer cualquiera *Historia del Renacimiento*, la de Muntz, por ejemplo, para comprender hasta qué punto penetraba el arte en la vida de aquellas gentes, y la alegraba y ennoblecía con sus espléndidos fulgores. Es que el arte, como dijo Viollet-le-Duc, y ha recordado oportunamente Menéndez Pelayo, cuando existe de veras en una época y en un pueblo, es universal en sus manifestaciones, alcanza á lo grande y á lo pequeño, es una necesidad para todos, y no un lujo para los privilegiados. Eso es lo que quiere el Sr. Alzola; á eso aspira con su libro: á que el arte exista de veras en España, á que sus manifestaciones alcancen á todos. Hoy se mantiene el arte lejos de las miradas del vulgo profano: no queremos nosotros vulgarizarlo, ni profanarlo, pero sí ambicionamos que el vulgo vaya dejando sus malos resabios, y apacentándose en la contemplación de la belleza ideal, y concibiendo cuánto hay de grande, de puro y de regenerador en el placer estético. Para ello es menester empezar por hacer artísticas las industrias; por sacarlas de la rutina y de la monotonía. La extensión de las máquinas, a la par que facilita y abarata maravillosamente la producción, tiene el inconveniente de que engendra una prosáica igualdad, que es necesario salvar por medio de un gusto depurado y artístico, como lo hacía notar el veterano pintor D. Germán Hernández, en un discreto y erudito discurso que leyó en la Escuela Central de Artes y Oficios de Madrid. Hay que difundir la noción de lo que es belleza, y para ello nada más eficaz que presentarla, donde quiera, depurada y realzada por un gusto acrisolado y severo. En épocas de universal prosaismo como la nuestra, se corre el peligro de que las pocas naturalezas que se sienten atraídas por el imán misterioso del arte, quieran extremar la reacción y busquen lo caprichoso más que lo bello, dejándose así arrastrar por la afición á todas las decadencias y á todos los exotismos. De ello pudiera citarse más de un ejemplo ilustre en

nuestros propios días. Con muchos hombres como el Sr. Alzola, y con muchos libros como el suyo, pronto nos acercáramos á la desaparición de estos males.

Tiene á mi juicio, la obra del docto escritor guipuzcoano una importancia extraordinaria como medio de vigorizar la vida del arte. En países como el nuestro, donde la cualidad dominante de sus hijos, es el sentido práctico, está llamada á abrirles más vastos y luminosos horizontes, á levantarles paulatinamente desde la contemplación de las obras de sus manos, á consideraciones estéticas que difunden en el ánimo una suave serenidad y templanza, una dulzura y reposo que sólo sabe alcanzar quien ha gustado de los placeres del espíritu. En cambio, siempre que se trate de razas meridionales, en que la imaginación predomina, puede hacerles comprender la poesía que se encierra en la realidad, cuando se sabe estudiarla con ojos de artista: como que, en puridad, no hay escritor, por ultra-idealista que sea, que no afirme resueltamente la necesidad de fijarse en la naturaleza para la creación de las obras artísticas. Porque en suma ¿qué es el arte aún á ojos de los más fervorosos paladines del idealismo? Alfredo Tonnellé nos dice que la fuerza y la grandeza del artista no está en olvidarse y en prescindir de la naturaleza, sino en saturarla de espíritu. Y Alfredo de Vigny, elocuente heralde del romanticismo, proclamaba en su célebre prefacio sobre *La Verdad en el Arte*, que la verdad artística no es otra cosa que el conjunto ideal de los principales formas de la naturaleza, una especie de tinta luminosa que comprende sus más vivos colores, una manera de bálsamo, de elixir o de quinta esencia, extraída de los jugos mejores de la realidad; una perfecta armonía de sus sonidos melodiosos.

El arte, cuando llega á penetrar hondamente en el alma de un pueblo, se manifiesta, espléndido ó modesto en todas partes: en el ornato de las casas, en la disposición de las ciudades, en el mobiliario, en el traje, hasta en las costumbres. Todo lo estudia el Sr. Alzola, y en todo muestra su envidiable competencia, y su gusto artístico. Él anhela, y con él anhelamos nosotros, que el placer estético no sea privilegio exclusivo de unos cuantos, sino que de él participen cuantos han nacido con alguna inclinación á la belleza. A este fin ha compuesto su libro de una manera metódica y ordenada: lo ha dividido en cuatro partes, en que trata sucesivamente de las *Consideraciones preliminares*, *Del ornato en las casas y en las poblaciones*, de la *Enseñanza*

*técnica y artística* y de *Las industrias artísticas de España*, con un interesante *apéndice* sobre *La estética en las obras públicas*. Si grandes elogios merece la intención del Sr. Alzola, mejores, si cabe, los merece la manera como ha desempeñado el cargo que se impuso á sí propio. Muestra el sabio ingeniero guipuzcoano una erudición copiosa y selecta, un admirable dominio del asunto y un simpático y generoso entusiasmo por todo lo bello.

Así se comprende la acogida que á tan hermoso libro han dispensado los jueces más eminentes que en materia de arte y letras, existen en España. Y es de desear que aventajen á todos en ese laudable empeño los bascongados, como que á ellos afecta muy especialmente la obra, no sólo por ser euskalduna su autor, sino por el no disimulado afecto á la Euskal-erria que, á manera de jugo vital, circula por todas las páginas del libro, haciéndolo doblemente meritorio á nuestras ojos, y más grato á nuestro corazón, que no sabe prescindir jamás de la santa caridad de patria.

Esta caridad de patria nos hacia presentir que para el cultivo del arte no era tan incapacitado, como vulgarmente se decía, el pueblo euskalduna: hoy nuestros presentimientos se han trocado en convicción profunda, y afirmamos resueltamente que los hijos de Aitor no son radicalmente inaptos para estas empresas generosas en que el espíritu humano se engrandece y se sublima, sino que por el contrario, nacen con especialísimas disposiciones para la más vaga é idealista de de las artes, para la Música; y de que aún en estas artes secundarias de que trata el libro del Sr. Alzola, no han sido pocos los bascongados que merecieron sobresalir, como se comprobará el día en que concienzudas y bien encaminadas investigaciones vayan popularizando nombres que hoy desconocemos, ó cuya naturaleza euskara, no hemos cuidado de vindicar. Del pueblo de Rejil, oculto entre las asperezas del Hernio, salió en el siglo XVII, el platero Andrés de Loidi, hábil artífice, que fué discípulo aventajado de Jacobo Trezo. En la casa de Sasiola, de Zumaya, modernamente desnaturalizada por ese ruín y prosáico espíritu utilitario que no respeta monumentos artísticos, ni venerandas memorias de las pasadas edades, se encontró hace pocos años, un primoroso trabajo de talla que hacía honor al obrero que supo ejecutarlo. Las Historias del Real Monasterio dei Escorial hablan del bizcaino Pedro de Lizargarate, que se distinguió entre los que trabajaron en la construcción de la octava maravilla del mundo. ¿Quién

sabe cuántos serán los artistas euskaldunas, cuyos nombres permanecen desconocidos á la posteridad? Los damasquinados de Eibar no son prueba contra lo que venimos afirmando, si hemos de creer que la tradición artística se comunica de padres á hijos. ¿Cabe que una raza que sabe producir tales artistas sea incapaz para el arte grande? No, ciertamente: porque quien es artista, sabe poner el arte, como dice Viollet-le-Duc con referencia á la Edad Media, en la fachada más rica y en las paredes de la humilde habitación de un ciudadano: sabe amar y respetar el arte en sus modestas expresiones, como en sus concepciones más espléndidas.

¿Y cómo no ha de amar y respetar el arte una raza y un pueblo que sabe producir hijos como el Sr. Alzola, tan enamorados de la belleza artística, tan entusiastas propagadores de sus excelencias? Por eso nos congratulamos extraordinariamente de consagrar á su nuevo libro estas mal hilvanadas consideraciones, porque su libro es una protesta elocuente contra los que niegan á la raza euskara capacidad para el arte y aptitud para las letras. El Sr. Alzola reúne á su sólida conocimientos científicos y á su variada y bien digerida cultura, un exquisito gusto literario. Su libro, á pesar de estar escrito por quien aprendió á balbucir en bascuence, es un libro correctamente escrito, con estilo reposado y sereno, adecuado á la índole de los asuntos de que trata. Así viene á demostrarse que no hay material artístico que no se doblegue y se haga dúctil ante la constancia infatigable y el cariñoso halago y el bien encaminado esfuerzo, Puesto á buscar algún lunar, y á fin de que los elogios sin restricción, no hagan sospechar que se trata de un libro vulnerable á los golpes del análisis, solamente me permitiría lamentar que alguna que otra vez se haya dejado el Sr. Alzola influir más de lo justo por el estilo que pudiéramos llamar periodístico, intercalando alguna que otra locución, con cuya supresión no perdería nada, á nuestro juicio, la obra, antes bien, saldría hermosea y bruñida.

¡Quiera el Cielo que el empeño del Sr. Alzola resulte fecundo, y las escuelas de artes y oficios que tenemos en España se inspiren en sus doctas enseñanzas, á fin de que podamos asistir á un vigoroso renacimiento del arte español, en lo cual ganarán nuestras industrias, poniéndose al nivel de las más adelantadas de otras naciones, y ganarán también nuestras artes, brillando en horizontes más extensos que los que actualmente alcanzan!

Nuestros plácemes más entusiastas al Sr. Alzola, y que á su libro sobre *El arte industrial en España* sucedan otros no ménos importantes que, acrecentando de día en día su ya bien afianzada reputación científica y literaria, sean para la Euskal-erria timbres honrosos y motivos de legítima y envidiable satisfacción.

CARMELO DE ECHEGARAY.

---

# ¡ G A B A !

---

(NERE GOGO GUZTIKO ADISKIDE ON MIGEL A. IÑARRA JAUNARI)

---

Nola egun on baten	Iñarra, adizazu
Illunabarrean	Nere pen aundia;
Eguzkia jartzen dan	Nola egun on baten
Zeruaren pean	Atsegin argia
Ederturik urrezko	Gozatzen duben alai
Erraño tartean	Illunabar ezitia,
Duben zenbait arkitzen	Ama nuben nik beti
An bere aurrean:	Konsolagarria,
Bañan gero zer pena	Zuben nere poz-penak
Senti izatean	Sentitzen guzia,
Arratsak banatutzen	Bañan amacho iltzat
Dena dubenean	Amacho neria!
Illun ta beltz jarririk	. . . . . !
Gauz alaizoa	Eta ordutikan
Eguna, illunabarra	Etzat nigan azaldu
Ain zan gozoa.	Egun sentirikan.

FRANZISKO LOPEZ ALEN.

Donostian, 1893-ko mayatzan.

---